

Santiago, febrero 2 de 1942.

Señor general
D. Carlos Ibáñez del Campo.
PRESENTE.-

Mi querido general,

Los resultados de la jornada electoral del 1° de febrero, que ninguno de nosotros presumió, me impulsan a dirigirme a Ud. una vez más, delante de este gran tribunal de la opinión pública que nunca dejó de hacerle justicia.

Ud. ha caído en la lucha, pero al caer su figura de ciudadano cobra aspectos tales que fuerzan la estimación y el respeto de Chile. Hay derrotas aparentes que señalan en el fondo triunfos consagratorios.

El fallo de las urnas ha podido serle adverso, pero las urnas sólo han representado la presión que los partidos dueños del Poder y la grito injusta de nuestros enemigos hizo sobre la conciencia ciudadana. Es triste reconocer que el sufragio universal, cuando no es realmente universal - en los últimos comicios votó menos del 10% de los chilenos, - no puede interpretar a la ciudadanía ni mucho menos a los sectores de la inteligencia a quienes incumbe en los grandes pueblos una misión directiva.

Si se hiciera una encuesta honrada se vería que la inmensa mayoría de los hombres conscientes, aquellos que no obedecen a ninguna presión ni pasión extranjera, estaba con Ud.

Quiénes tuvimos el honor de acompañarlo en su jira por las provincias del sur, que fué triunfal, tenemos todavía empapada la retina por la visión de las muchedumbres que acudían a saludarlo; tenemos los oídos vibrantes con el estrépito de las aclamaciones populares y el corazón emocionado con el fervor de nuestros rotos - de nuestros auténticos rotos - que depositaban en el candidato nacional su última esperanza.

Se ha perdido la jornada electoral por causas que el país apreciará, pero no la batalla de Chile. Estamos en ella y hemos de seguir librándola con fé de iluminados y con esa convicción inquebrantable en la victoria final, que es propia de aquellos que luchan por ideales, y a quienes les son indiferentes los honores efímeros y los cargos que sólo producen honra cuando son honrados por quienes los sirven.

Ahora que se haya Ud. en el retiro de su hogar dignísimo, cuando ningún favor puede esperarse, ni ninguna prebenda pretenderse, cuando el enemigo no osará decirnos, como lo apuntó en su prensa, que aspirábamos a cargos ministeriales, a elevados honores, surge espontáneo del corazón el grito con que en todos los puntos del país que visitamos, lo saludaba el fervor popular :

¡ Viva Ibáñez !

No estamos vencidos, ni lo estaremos nunca, porque el nombre de Chile nos acompañará hasta el último minuto en esta triste y fatigosa jornada que es la vida.

Por Chile lamento el resultado de las urnas.

Yo sé bien cuales eran sus propósitos de gobernante; conozco en sus menores detalles su programa de realizaciones nacionales; sé qué profundo fervor democrático animaba a Ud. y a sus compañeros de lucha. Y puedo afirmar, con íntima convicción, que su gobierno hubiera igualado a los más grandes y progresistas de la historia de América. Al cabo de seis años los chilenos no

habrían reconocido a su país.

Debo hacer justicia a nuestros compañeros. Todos ellos comulgaban con un propósito idéntico de servir al pueblo, sólo al pueblo. Ibámos a expulsar de la Administración a los mercaderes y a los ineptos; íbamos a ubicar en todos los cargos y en todos los comandos a los hombres más probos, a los más dignos, a los más capaces. Una inmensa red de obras públicas daría trabajo a los obreros, facilitando en forma extraordinaria el desarrollo del comercio y de la industria. Una política de bien orientada neutralidad, sin menos saber de nuestros deberes para con el conglomerado americano, iba a continuar la línea de O'Higgins y de Bello. Un vigoroso espíritu de trabajo, de disciplina y de orden iba a llenar el país, permitiendo un incalculable desarrollo. La medicina, la educación pública, la higiene, los servicios de defensa nacional, encontrarían insuspechada impulsión. Era la vida, el dinamismo, la acción creadora, después de un triste período de anarquía, de ineptitud y de estagnamiento.

Pero aún hay un capítulo que conviene señalar para su honra. Ud. había resuelto incorporar a la juventud a la dirección de la cosa pública y darle cabida en todos los sectores de la vida ciudadana. Quería Ud. establecer una línea de continuidad en las generaciones. Por primera vez en Chile y acaso en América el pensamiento de Carlyle hallaba un estadista propulsor.

Comprendía Ud. que los pueblos valen por su impulso de juventud, por el acento que ponen en la labor constructiva el ardido entusiasmo de los muchachos, de la gente pura, de aquellos que no están contaminados por el virus amargo de la vida.

¿Se ha perdido toda esa inmensa esperanza? Creemos que no. Tengamos confianza en las fuerzas del espíritu, superiores al odio, a las bajas pasiones, a los impulsos negativos. Si no logramos nosotros el triunfo final, otros lo alcanzarán un día, porque nada de lo bueno, de lo justo y de lo puro que hemos sembrado en el camino podría perderse. No ha comenzado hoy la historia de Chile ni concluirá tampoco con el término de este triste capítulo electoral.


Desplegadas están a los vientos nuestras banderas que el ideal agita y la honestidad fundamenta. Ud. las desplegó y la historia habrá de honrarlas.

en Cuando en Chile se hable de gobierno fuerte dentro de la Democracia, honrado en sus líneas, austero en sus principios, progresista en su desarrollo, todos los buenos pensarán en Ud., como un símbolo.

Yo nunca le acompañé en las horas de triunfo. He sido su amigo de los tiempos de batalla, de los días de adversidad, de la esperanza sin término. Tengo por eso el derecho de estar junto a Ud. cuando la soledad y la incomprensión puedan rodearlo.

General : permítame repetirle que la batalla no ha terminado y que las banderas no se plegarán.

Y permítame reiterarle, en estrecho abrazo, mi amistad de hombre y mi cordial afecto de chileno.


(Eugenio Orrego Vicuña)